

Ana Teresa Torres

Me abrazó tan largamente

-Manuel Cabesa-

Si partimos de la idea que plantea Fernando Savater, en su libro *La tarea del héroe*, de que "El héroe nunca olvida quién es, para así poder, finalmente, llegar a serlo; en todo heroísmo hay una memoria del propio origen". Entonces encontraremos que la reciente novela de Ana Teresa Torres es un intento de recuperar a través de la ficción la memoria de un pasado que aún está en plena vigencia, una memoria que es el hálito de un presente que aún no termina de transcurrir.

Me abrazó tan largamente (2005) nos transmite un corpus narrativo que se empeña en traer la memoria como personaje principal, no sólo a través del narrador que nos conduce por los vericuetos de una serie de accidentes familiares ocurridos en un pasado inmediato, sino también a través de los accidentes históricos sociales que este narrador nos plantea para dejarnos entrever la verosimilitud de su relato.

La novela en sí misma, en su espacio temporal, nos invita a un viaje pero como en el poema de Cavafis, el viaje es sólo un pretexto para que nuestra narradora se conozca y para conocemos a nosotros mismos, en tanto lectores, de un relato que se plantea recrear un momento álgido de la historia política de este país en la última década del siglo pasado.

En un acto de premonición intelectual, la autora nos advierte de lo que será su programa narrativo para el futuro: en un Congreso en Brown University, dedicado a la literatura venezolana Torres expuso, refiriéndose a la novela de Orlando Chirinos, *Adiós gente del sur* (1990) y su propia primera novela *Exilio en el tiempo* (1990), lo siguiente: "Sin juicio político explícito, que queda más bien abierto al lector, pienso que hay en estas dos novelas, una mirada de angustia frente al país, una evocación de sus señas de identidad, y un deseo de reorganizar la voz de los anónimos que han configurado su textura social y que de alguna manera le han dado consistencia: un alegato por una huella de identidad que no quiere diluirse en la fragmentariedad de una imagen que pudiera, por un instante, hacemos creer que se trata de un país solucionado.

Estas palabras escritas pensando en su primera novela son absolutamente aplicables a la reciente *Me abrazó tan largamente*, y son aplicables por la sencilla razón que esta nueva novela es una vuelta de tuerca a esa novela primigenia, es decir, que nuevamente nuestra autora regresa a los personajes de su primera narración, pero vistos en el espejo transformador que el tiempo entrega tanto al narrador como a los seres que este mismo narrador nos ha permitido conocer a través de las hermosas y a veces dolorosas anécdotas que se narran en *Exilio en el tiempo*.

Pero ¿quién es este narrador que del pasado retorna para indicarnos lo que ha sucedido en esta saga familiar?

En la novela de 1990, encontramos una voz anónima que participa de lo acontecido, pero que a su vez tiene la particularidad de conocer el pasado y desde su perspectiva de narrador testigo puede ubicarse en el lapso de una centuria para "informarnos" cuál ha sido el devenir histórico de su familia en ese tiempo, ya que toda novela, en última instancia, no es más que un juego de información.

Si en *Exilio en el tiempo* encontramos un narrador -en este caso una voz femenina-, que se remonta en el pasado para contar una historia familiar que transcurre a lo largo de un siglo, en la nueva novela esta narradora regresa para indicarnos lo que ha acontecido desde la última vez que su palabra se hizo presente: "El contexto político y social en el que se desarrollan los acontecimientos es dolorosamente cercano y lejano al mismo tiempo: los días que rodearon el 4 de febrero de 1992 y su estertor de metralla y alzamientos. Hay un viaje interminable y lluvioso de un taxi que descende, como remontando el cauce de la memoria (...) Hay personajes que se vuelven corruptos y otros que permanecen con una entereza no exenta de nostalgia (...), y hay también, y esto me parece lo más impactante, y conmovedor del texto, un nombre: el nombre de esa narradora del exilio, que en esa primera novela nunca se pronuncia y que sólo ahora llegamos a conocer. La sorpresa del nombre no será otra que la de haberlo íntimamente conocido a lo largo de estos años", nos dice Rodrigo Blanco Calderón.

Y este nombre es Ana.

Sin embargo, debemos tener cuidado, no podemos confundir el nombre de nuestra narradora con el patronímico de nuestra autora, porque como dice Vargas Llosa en sus *Cartas a un joven novelista*: "Ante todo, conviene disipar un malentendido muy frecuente que consiste en identificar al narrador, quien cuenta la historia, con el autor, quien la escribe".

Pero antes de seguir indagando sobre la presencia e importancia que tiene Ana, la narradora de *Me abrazó tan largamente* revisemos la estructura del relato.

El detonante de la historia es la muerte de la tía Olga - personaje entrañable de *Exilio en el tiempo* - que casualmente sucede el 4 de febrero de 1992 cuando un comando de insurrectos atenta contra el estado establecido. Las consecuencias de ese momento de angustia política no están resueltas en la novela, sólo que plasmado como en un video familiar las reacciones que los distintos personajes asumen, quizás inconscientemente.

Más adelante -pero en realidad es el principio del relato- Ana se comunica con Isabel, otro personaje entrañable de la primera novela para comunicar la muerte de la tía y anunciarle que es la heredera de la fortuna que la anciana había acumulado.

Ahora bien, el presente del relato es el momento en que Ana baja al aeropuerto a recoger a Isabel que regresa para cobrar su herencia, para lo cual toma un taxi y viaja



sola hasta el litoral. Este es el viaje que anunciábamos a través de la cita de Cavafis: un viaje lleno de tropiezos, pero que sirve para recordar los últimos acontecimientos en la historia de su familia: la supuesta independencia de los hijos y sobrinos, el derrumbe de las parejas que alguna vez formaron matrimonios estables, la presencia de la muerte cada vez más inevitable; pero también -y he aquí el valor de esta novela- el derrumbe de un país, que así como la familia que la rodea o como el taxi que la lleva al aeropuerto a recoger a su prima Isabel que desde 1970 vive en París, poco a poco se ha ido desmoronando.

En este sentido, Ana como narradora es un testigo de excepción porque no sólo narra una historia, sino que al narrarla sufre las transformaciones axiales del héroe, porque como afirma Fernando Savater: "Cuando abandona su casa y sale al reino de la aventura, el héroe en busca de independencia va a encontrar una serie de criaturas directamente relacionadas con su propósito, una para favorecerlo con su complicidad y otras para darle con su hostilidad ocasión de cumplirlo".

El largo viaje que realiza Ana para ir al encuentro de su prima es mismo viaje mítico que realiza Ulises para volver a Ítaca, cada tropiezo es una arista más que la lleva a reflexionar en las incidencias familiares, personales y también un reflejo de las fracturas que el país ha tenido desde la caída de Medina hasta la intentona de 4 de febrero del 92: pero también cada gesto de amabilidad de parte del taxista, cada expresión de confianza es el renuevo de una posibilidad histórica, y por lo tanto familiar, y por lo tanto personal.

Ahora bien, como es obvio, siguiendo las posibilidades de la novela contemporánea, Ana Teresa Torres no se conforma en dejar que su alter ego Ana nos narre la

historia a través de los distintos flashback que la memoria trae a su mente, sino que apela a otros recursos para que la trama fluya diáfananamente, porque como nos recuerda Vargas Llosa: "Es raro, casi imposible, que una novela tenga un narrador. Lo común es que tenga varios, una serie de narradores que se van turnando unos a otros para contarnos la historia desde distintas perspectivas, a veces dentro de un mismo punto de vista espacial (...) o saltando, mediante mudas, de uno a otro punto de vista".

De esta manera encontramos al inicio la carta donde Ana le anuncia a Isabel la muerte de la tía Olga. El narrador omnisciente que relata en la página, que no es otro que Ana transmutada, como la ex cuñada de la narradora se entera de la noticia, y siguiendo este recurso en lo sucesivo nos va detallando las intimidades del resto de la familia, finalmente, Ana cede paso a Ingrid Toledo para nos cuente a su vez la historia de su fracaso matrimonial, la cual aunque desconocida hasta ese momento por la narradora, en el fondo se emparenta con su historia familiar, y la historia del país como telón de fondo.

Otros personajes se manifiestan a través de diálogos aparentemente casuales, pero que encierran una historia personal determinada por la historia nacional: el taxista, Brian, Carlos Eduardo, Oswaldo Rojas, Marisol, etc.

La importancia que tienen los acontecimientos del 4 de febrero del 92 es determinante para despertar las distintas reacciones de los personajes ante su realidad histórica y social. Pues todos ellos, encerrados en la clínica donde muere la tía Olga y en donde esperan a que algún servicio funerario se encargue de retirar el cadáver, para realizarlas exequias, representan en el lapso de unas pocas horas una tragicomedia de equivocaciones y falsos malentendidos que tienen como trasfondo el vacío existencial de cada uno y el vacío político que ha corroído al país a lo largo de su vida democrática. En un artículo titulado *Qué país, qué literatura*, el crítico Roberto Lovera De Sola lo expresa de la siguiente manera: "Serán ellos (los escritores) los que en las hojas de sus libros nos dejen el registro de todo lo que acontece y considera como una de las claves de la actual narrativa, la evocación de un pasado más digno frente a un presente vergonzoso".

Podemos considerar desde esta perspectiva que *Me abrazó tan largamente* es una novela histórica sobre el momento que aún no acaba de transcurrir, lo que nos permite reflexionar lo siguiente: el interés que sentimos, como lectores, por una narrativa histórica no se reduce, por supuesto, a un deseo de reconstruir momentos particulares del pasado.

Más allá de ese propósito, la literatura nos permite tomar una cierta distancia frente a los fenómenos del presente y relacionarlos en todos sus niveles. Ya no es posible contemplar la realidad como un hecho dado, inmóvil, sino como un proceso. Y lo que es más, esta narrativa nos ofrece datos y claves para saber hacia dónde nos conduce ese proceso y cómo participar en él, para actuar en el sentido que nos señala la historia. Lo más importante y urgente que debemos buscar en este tipo de relatos es el reflejo nuestra realidad actual, aunque también sea importante leer relatos históricos, que arrojen mucha luz sobre nuestro pasado, para hacer una interpretación correcta de nuestro presente.

BIBLIOGRAFÍA

BLANCO CALDERÓN, Rodrigo (2005) *Ana Teresa Torres, dos libros para el regreso*. Papel Literario de El Nacional, 18 de junio de 2005

SAVATER, Fernando (1981) *La tarea del héroe*. Madrid: Taurus

SUÁREZ, María Libertad (2005) *Criaturas que no pueden ser (Narradoras venezolanas en el post gomecismo)*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana

TORRES, Ana Teresa (1992) *El escritor ante la realidad política venezolana* en Ortega, Julio (comp.) *Venezuela: fin de siglo* Caracas, Ediciones de la Casa de Bello

TORRES, Ana Teresa (2005) *Dos novelas: Exilio en el tiempo - Me abrazó tan largamente*. Mérida, Ediciones El otro, el mismo

VARGAS LLOSA, Mario (1997) *Cartas a un joven novelista*. Madrid, Círculo de Lectores